

LA FORMACIÓN ARTÍSTICA: CREADORES-HISTORIADORES-ESPECTADORES

TOMO I

Begoña Alonso Ruiz
Javier Gómez Martínez
Julio J. Polo Sánchez
Luis Sazatornil Ruiz
Fernando Villaseñor Sebastián
(Eds.)



Editorial
Universidad
Cantabria

DE INGENIERO VOLUNTARIO A INGENIERO EXTRAORDINARIO. EL ACCESO AL CUERPO DE DON ANTONIO DE NARVÁEZ Y LA TORRE

MANUEL GÁMEZ CASADO

Universidad de Sevilla

RESUMEN

El texto que se presenta tiene como principal finalidad analizar el proceso mediante el cual el ingeniero criollo don Antonio de Narváez y la Torre accedió al Cuerpo español de dichos profesionales. Para ello se aportaron una serie de testimonios escritos por ingenieros militares que avalaron las notables aptitudes profesionales del solicitante, lo que le permitió acceder a tal institución sin haber cursado los estudios académicos previos.

PALABRAS CLAVE

Ingeniero militar, academia, Antonio de Arévalo, Lorenzo de Solís, Cartagena de Indias.

ABSTRACT

This text primarily aims to analyze the process by which the engineer Don Antonio de Narvaez and the Tower joined the Spanish Corps of such professionals. For this purpose a series of testimonies written by military engineers who supported the remarkable professional skills of the applicant are provided, allowing you to access such an institution without having completed the previous studies.

KEYWORDS

Military Engineer Academy, Antonio de Arevalo, Lorenzo de Solis, Cartagena de Indias.

Desde la publicación por Capel, Sánchez y Moncada del libro titulado *De Palas a Minerva*, ningún trabajo de investigación ha superado la ingente y abrumadora tarea realizada por dichos profesores en el estudio de la formación científica y la estructura institucional de los ingenieros militares españoles durante el siglo XVIII¹. Si bien, la magnitud del tema tratado les impidió profundizar en algunos casos concretos, fundamentalmente los referidos a los ingenieros que trabajaron en América, de cualquier modo es obligado recurrir a esta obra cuando se inicia un estudio acerca del modo de acceder al Cuerpo de ingenieros españoles. La intención del texto que se presenta es, partiendo del libro mencionado, esclarecer el proceso mediante el cual el ingeniero criollo don Antonio de Narváez y la Torre ingresó en el Cuerpo de dichos profesionales, a mediados del setecientos. La labor de Narváez no ha sido analizada con detenimiento por la historiografía, pues son pocos los estudios que permitan conocer su grado de implicación en las obras realizadas en las distintas ciudades del Caribe sur en las que vivió y gobernó². Se busca pues, ejemplificándolo mediante este caso concreto, aclarar el contexto profesional de los ingenieros españoles nacidos en América, así como las relaciones mantenidas entre éstos y la corte. Asimismo, se plantearán las dificultades existentes en aquel continente para obtener la adecuada formación y los conocimientos teóricos necesarios para acceder al Cuerpo de ingenieros desde los territorios de ultramar.

La correcta formación de los ingenieros militares españoles repercutía en la eficaz articulación del plan de protección territorial impuesto por la Corona en sus dominios. Durante los siglos XVI y XVII, dichos oficiales eran reclutados en los distintos territorios controlados por la monarquía española, destacando la labor de los ingenieros de origen flamenco e italiano, muy activos en el desarrollo de las fortificaciones hispanas³. Esta diferencia en la procedencia y por tanto en la formación de tales profesionales, generaba un ideario heterogéneo que impedía desarrollar una organización útil a diferencia de lo que ocurría con otras disciplinas, caso de las matemáticas, la arquitectura o la pintura, las cuales contaban ya con academias que enriquecían la producción de sus integrantes⁴. No obstante, instituciones como la Academia Militar de Bruselas, en la que estudiaban los aspirantes a ingenieros conjuntamente con otros profesionales del ejército, ofrecían una

- 1 AA.VV., *De Palas a Minerva. La formación científica y la estructura institucional de los ingenieros militares en el siglo XVIII*, Madrid: CSIC, 1988.
- 2 Marco Tulio VARGAS, «Don Antonio de Narváez de la Torre», *Boletín de Historia y Antigüedades*, 417-419, vol. XXXVI (1949), págs. 556-560.
- 3 De entre todos los ingenieros del periodo, sobresale la labor de Bautista Antonelli, analizada por Diego ANGULO ÍÑIGUEZ, *Bautista Antonelli. Las fortificaciones americanas del siglo XVI*, Madrid: Hauser y Menet, 1942.
- 4 Me refiero a la fundación de la Academia de Matemáticas de Madrid por el arquitecto Juan de Herrera en 1582, la cual sirvió de base para la formación de muchos de los ingenieros que trabajaron al servicio de Felipe II y que hasta entonces no tenían un aprendizaje en las disciplinas de cálculo. Nicolás GARCÍA TAPIA, «La formación de los ingenieros españoles antes de la fundación de la Academia de Matemáticas en 1582» en AA.VV., *Estudios sobre historia de la ciencia y de la técnica: IV Congreso de la Sociedad española de Historia de la Ciencia y de la Técnica*, Valladolid: Junta de Castilla y León, 1986, págs. 315-326. Asimismo, existían diversas academias de pintura en los centros artísticos más destacados. De entre todas, se distingue la fundada en 1655 en Sevilla y estudiada por Ana María ARANDA BERNAL y Fernando QUILES GARCÍA, «Las Academias de pintura en Sevilla», *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 90 (2000), págs. 119-138.

instrucción generalizada en diversas disciplinas como geografía, artillería o arquitectura militar, buscando dar satisfacción a la demanda que las continuas guerras generaban. Tras aprobar el primer curso, los alumnos se formaban durante un segundo año en geometría especulativa, esfera y dibujo, lo que les convertían en ingenieros a pesar de no haber cumplido con un aprendizaje específico para tal práctica⁵.

Esta realidad se agravó a partir de la proclamación de Felipe V como rey de España en 1700 y la consecuente alianza hispanofrancesa que supuso su designación. El imperio inglés pasó a ser el enemigo común y los Países Bajos y América los escenarios de los enfrentamientos entre las potencias europeas, ávidas por expandir sus territorios. España se veía obligada a modernizar sus defensas, necesitando de ingenieros con una formación más específica y mayor experiencia, así como de una organización institucional más coherente. Para conseguirlo, en 1709 el marqués de Bédmar, secretario del despacho de guerra, propuso al rey organizar un Cuerpo de ingenieros encabezados por don Jorge Próspero de Verboom, antiguo Ingeniero General español en los Países Bajos, quien llegó a España en enero del año siguiente para ser nombrado Ingeniero General de los ejércitos, plazas y fortificaciones de todos los reinos, provincias y estados. Sin embargo, no fue hasta la promulgación por Felipe V del Plan General de los Ingenieros de los Ejércitos y Plazas el 17 de abril de 1711, cuando se creó en España el Cuerpo de dichos profesionales partiendo de una voluntad organizativa propia⁶. La recién creada institución se basaba en las ideas e informes generados por Verboom desde su llegada a España. En ellos, se partía de la adquisición de conocimientos teóricos como base para el desarrollo de la ingeniería militar, a diferencia de otras disciplinas bélicas, caso de la artillería, en las que la experiencia y la antigüedad eran los argumentos necesarios para ascender en el escalafón. Consecuente a este planteamiento fue la fundación en 1716 de la definitiva Real Escuela Militar de Matemáticas de Barcelona, cuyo primer maestro, Mateo Calabro, propuso un plan de estudios de tres años basado en el aprendizaje de geometría, fortificación, tratadística y artillería, denotando una mayor especificidad en el aprendizaje ingenieril, lo que permitió que este proyecto perdurase a pesar de los diversos cambios sufridos a lo largo de la centuria⁷. La diferencia entre la formación precisa de los alumnos de la escuela barcelonesa con respecto a los de la Academia Militar de Bruselas se observa no solo en los correctos y metódicos trazos de los planos, sino también en la producción de nuevos modelos estratégicos que permitieron renovar las defensas de los territorios españoles ante los continuos ataques

5 Una descripción del proceso formativo en la Academia Militar de Bruselas en el tránsito entre los siglos XVII y XVIII la ofreció el ingeniero don Sebastián Fernández de Medrano, que fue publicada por Antonio RODRÍGUEZ VILLA, *Noticia biográfica de don Sebastián Fernández de Medrano*, Madrid: ed. Libertad, 1882.

6 AA.VV., *De Palas a Minerva*, pág. 25.

7 Anterior a la fundación definitiva de la Real Escuela Militar de Matemáticas de Barcelona en 1716, se había constituido otra en 1699 en la misma ciudad coincidiendo con la llegada de los Borbones, pues la guerra de Sucesión y la interrupción de las relaciones con los Países Bajos imposibilitaba el uso libre de la creada en Bruselas. No obstante, las vicisitudes sufridas por el cambio de dinastía impidió el correcto desarrollo de este centro docente, prueba de la importante tradición académica española en época moderna. Emma MARTÍNEZ AZNAR, «Formación matemática en nuestro país en el Cuerpo de ingenieros: Real Academia de Matemáticas en época de la Guerra de Sucesión», en AA.VV., *La Guerra de Sucesión en España y América*, Sevilla: Cátedra General Castaños, 2000, págs. 943-951.

enemigos. Igualmente, el hecho de separar el tradicional aprendizaje conjunto entre ingenieros y artilleros suponía una importante novedad, concediendo una mejor centralización de los planes de estudios en cada una de las disciplinas militares. A partir de esta fundación, se produjo en la década de 1730 las de las academias de Orán y Ceuta y en 1751 la creación de las escuelas de artillería de Barcelona y Cádiz, estableciéndose los centros de estudio en varios puntos del territorio español.

Junto a las fundaciones y normas establecidas tras la creación del Cuerpo de ingenieros militares, esbozadas en las líneas precedentes, se estableció en dicha institución una escala jerárquica interna para estructurar a los distintos mandos que la conformaban. Dicho escalafón era específico para los ingenieros, aunque se integraba paralelamente dentro del general propuesto para el ejército, lo que les permitía una vía de ascenso doble hacia los rangos militares superiores. No obstante, la promoción en uno de los escalafones no garantizaba lo mismo en el otro, al ser más asequible hacerlo en el Cuerpo de mandos que en el facultativo exclusivo para ingenieros. Esta organización se mantuvo, a excepción de algunas reformas temporales, durante todo el siglo XVIII. Sus principios fueron las ideas esenciales propuestas por Verboom, quien ocupó hasta 1744 el cargo de Ingeniero General, el de mayor responsabilidad dentro del Cuerpo. El cometido de dicho grado era el de supervisar los proyectos enviados a la corte antes de su puesta en obra, al tener que rendir cuentas únicamente ante el rey. En un nivel más bajo se encontraban los ingenieros directores, encargados de aprobar los proyectos y dirigir las obras en cada uno de los territorios pertenecientes a la corona. Tras ellos, se situaban los ingenieros en jefe, quienes tenían entre sus ocupaciones la de sustituir al ingeniero director en caso de ausencia de éste. El escalafón continuaba con los ingenieros en segunda y los ingenieros ordinarios, facultados para asistir a los superiores en las tareas de dirección y asistencia en las obras. Las dos últimas escalas dentro del Cuerpo estaban ocupadas por los ingenieros delineadores y los ingenieros extraordinarios, denominaciones que llegaron a intercalarse en el grado de importancia en diferentes periodos, aunque al extraordinario se le considerase como el de menor entidad durante la mayor parte del siglo XVIII. Por último, aunque fuera del Cuerpo, existían los ingenieros voluntarios, personal civil con conocimientos de fortificación o militares de rangos menores que en momentos de necesidad defensiva se unían a las labores de los ingenieros extraordinarios⁸. Una vez finalizada su colaboración volvían a sus ocupaciones de origen. Sin embargo, no era extraño que algunos de estos voluntarios iniciasen la carrera dentro del Cuerpo, aprovechando su experiencia y conocimiento práctico sobre la materia ingenieril.

Para ingresar en la institución, a partir de 1725 se estipuló necesario que los ingenieros voluntarios se formasen previamente en las Academias de Barcelona, Orán o Ceuta, destinadas al aprendizaje de los aspirantes. Además, tras la ordenanza de 1768, se hacía necesario aprobar un examen sobre materias específicas como matemáticas o dibujo, impartidas en dichos centros e indispensables para el correcto diseño de las fortificaciones⁹.

8 Sobre la escala jerárquica del Cuerpo de ingenieros españoles, véase AA.VV., *De Palas a Minerva*, págs. 256-261.

9 La ordenanza de 1768 tenía como principal fin reorganizar el Cuerpo de ingenieros, señalándose como principales novedades la sustitución del grado de ingeniero delineador por el de ayudante de ingeniero, así como la aceptación definitiva de la categoría de ingeniero voluntario. *Ibidem.* pág. 70.

Sin embargo, el descenso paulatino del número de ingresos al Cuerpo a lo largo del siglo XVIII no permitía satisfacer la creciente demanda de estos profesionales, generada a partir de las crisis bélicas de mediados de dicha centuria. De este modo, de los sesenta y dos ingenieros que accedieron al Cuerpo en 1718, se pasó a una media de siete en la década de 1750, denotando un descenso cuantitativo de ingresos y por ende una despreocupación mayor de los sistemas defensivos españoles. Esta realidad se acrecentó en los virreinos americanos, ya que la escasez de ingenieros de la Corona impedía el pase a Indias de un número suficiente de ellos, a pesar de ser éste el territorio de mayor exigencia ante los continuos ataques enemigos¹⁰. Para solucionar esta necesidad se aceptó, en casos excepcionales y sin cursar los estudios académicos previos, la incorporación de forma directa al Cuerpo si se demostraba una experiencia previa adquirida mediante la práctica del voluntariado en obras de fortificación. Para ello, el solicitante debía presentar un informe de apoyo de un ingeniero ya perteneciente al Cuerpo que certificase la colaboración del aspirante en diversos trabajos.

Así ocurrió con el ingeniero don Antonio de Narváez y la Torre, quien consiguió mediante esta fórmula acreditar su experiencia en los trabajos de defensa de la plaza de Cartagena de Indias y de este modo acceder al Cuerpo. Para ello envió a la corte mediante el gobernador de dicha ciudad don Diego de Tabares, un memorial que testimoniaba su labor, en el que se recogían escritos de los ingenieros don Antonio de Arévalo y don Lorenzo de Solís, que son los ahora localizados. En este expediente ambos recogían los diferentes méritos, trabajos y aplicaciones que, como ingeniero voluntario, había practicado Narváez, demostrando la adquisición de un conocimiento que le avalaba para su nombramiento como ingeniero extraordinario. Con ello, se hace una nueva aportación al estudio de este ingeniero ahondando en su labor militar más allá de su papel como gobernador, que ha sido ya destacado por la historiografía.

Antonio de Narváez, nacido en Cartagena de Indias en 1733, era hijo legítimo del general don Juan Salvador de Narváez (1702) y doña Catalina de la Torre (1709), descendientes directos de los primeros pobladores españoles y condes de Santa Cruz de la Torre, título heredado por su hijo a la muerte del matrimonio¹¹. Por tradición familiar, Narváez mostró desde su juventud un gran interés por la carrera militar, demostrando importantes aptitudes para la estrategia¹². Ello hizo que en 1756 sentase plaza como cadete en el batallón fijo de Cartagena de Indias¹³. Ésta era la unidad reglada de infantería veterana más importante de la ciudad, la cual se encontraba sumida en una crisis provocada por la falta de soldados locales que quisiesen incorporarse a sus filas, lo que les obligó a integrar a parte de la tropa del batallón de Aragón. El destacamento del que formó parte Narváez, se encargaba de reprimir el contrabando y de custodiar tanto la plaza, como los acantonamientos de Tolú,

10 Así lo analizó Juan Manuel ZAPATERO, *La guerra del Caribe en el siglo XVIII*, Madrid: Servicio Histórico Militar, 1990.

11 JOSÉ MARÍA BARAYA, *Biografías militares o historia militar del país en medio siglo*, Bogotá: Ed. Gaitán, 1874, pág. 198.

12 Armando MARTÍNEZ GARNICA y Daniel GUTIÉRREZ ARDILLA, *Quién es quién en 1810. Guía de forasteros del virreinato de Santa Fe*, Bogotá: Universidad del Rosario, 2010, pág. 23.

13 Sergio ELÍAS ORTIZ, *Escritos de dos economistas coloniales: don Antonio de Narváez y La Torre y Don José Ignacio de Pombo*, Bogotá: Banco de la República, 1965, pág. 11.

del río Sinú en el Darién o de Rio Hacha. Además, se ocupó de la defensa de la ciudad durante el ataque inglés del almirante Vernon en 1741, siendo ésta la labor más laureada desde la fundación del batallón fijo cartagenero en 1736¹⁴. La reputación alcanzada tras estos méritos militares debió ser la razón por la cual Narváez decidiese ingresar en dicho escuadrón, siendo evidente la influencia paterna ante una decisión de tal importancia al inicio de su carrera militar.

No obstante, gracias a las noticias ahora encontradas parece que desde joven el objetivo de Narváez no era formar parte de la infantería cartagenera, sino alcanzar el grado de ingeniero militar, diseñar fortificaciones y contribuir a la defensa de su ciudad, la cual había visto destruida en su niñez tras los fuertes ataques piráticos. Para ello debía ingresar en el Cuerpo de ingenieros españoles mediante el cumplimiento de los preceptos ya descritos para tal fin. Para demostrar su valía escribió un memorial en agosto de 1757 a la Corte en el que recogía todos sus méritos, apuntando que había estudiado durante siete años matemáticas por cuenta propia, por lo que conocía los principios básicos de tal materia, cumpliendo uno de los requerimientos indispensables para acceder a dicha institución. Por otro lado, confesó que el hecho de ingresar como cadete en el batallón fijo era condigno para que fuese destinado como ingeniero voluntario en las obras de fortificación, a las que finalmente fue enviado el 12 de octubre de 1756, tras la aceptación del gobernador y mariscal de campo don Diego de Tabares de un informe previo sobre sus aptitudes¹⁵. Su destino fueron las obras que se estaban ejecutando en Bocachica ayudando como ingeniero voluntario a los superiores en las operaciones prácticas de la profesión, tales como la formación de plantas, perfiles y secciones de los edificios en los que utilizaba los conocimientos matemáticos adquiridos de forma autodidacta.

Al mando de las obras de fortificación de Bocachica, en las que colaboró Antonio de Narváez como ingeniero voluntario, se encontraba don Lorenzo de Solís, nombrado desde 1752 ingeniero director. A Solís se le debe el primer proyecto general de defensa de la plaza, buscando reparar los fuertes arruinados en el ataque de Vernon, añadir más baluartes a las murallas y construir cuarteles y almacenes para pertrechos de guerra. Igualmente, propuso cerrar el dique de Bocagrande instalando una serie de cajones llenos de fajinas y piedra. Sin embargo, la fuerza del mar los arrastró, por lo que su proyecto nunca prosperó. En lo concierne a los fuertes que debían defender el canal de Bocachica, Solís sugirió en 1754 elevar las cortinas del fuerte de San Fernando y continuar con las obras del fuerte de San José, en base al proyecto del antiguo ingeniero director don Ignacio Sala, finalizándolo a mediados de 1756¹⁶. Para el correcto desarrollo de estos trabajos, fue crucial la intervención del ingeniero don Antonio de Arévalo, quien sucedió a Solís en el cargo tras la

14 Juan MARCHENA FERNÁNDEZ, *La institución militar en Cartagena de Indias en el siglo XVIII*, Sevilla: CSIC, 1982, págs. 325-332.

15 Archivo General de Indias (en adelante AGI). Santa Fe, 941. Fortificaciones, pertrechos de guerra y situados de tropa. «Memorial de don Antonio de Narváez y la Torre. Cartagena de Indias. 15 de agosto de 1757».

16 Enrique MARCO DORTA, *Cartagena de Indias. Puerto y plaza fuerte*, Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 1988, págs. 269-278.

marcha de éste a Veracruz en 1757.¹⁷ Hasta ese momento, los dos ingenieros mencionados encabezaron las reformas que se estaban practicando en las defensas cartageneras, utilizando para ello un equipo de colaboradores entre los que se encontraba, como ingeniero voluntario, don Antonio de Narváez.

Una vez integrado en las labores edilicias mencionadas y obtenida la experiencia necesaria, Narváez propuso a los ingenieros Solís y Arévalo la realización de sendos informes en los que aclarasen su grado de intervención en las obras de Bocachica. Su intención era demostrar un conocimiento que le facultase para su nombramiento como ingeniero extraordinario dentro del Cuerpo. La primera de las certificaciones fue escrita por Antonio de Arévalo, quien ocupaba entonces el grado de teniente coronel de infantería e ingeniero en segunda. Está fechada el 26 de septiembre de 1757, cuando había transcurrido algo menos de un año desde la incorporación de Narváez a las obras de Bocachica. En ella se reconoce que el ingeniero voluntario ayudó a los superiores en las operaciones prácticas de la profesión desde su ingreso. No obstante, por esta labor no había recibido ninguna gratificación o ayuda de costa, a pesar de que según Arévalo, había destacado por su método, mecánica y capacidad de dirección, estando ya bastante instruido como para formar parte del Cuerpo. Además, Arévalo reconocía los conocimientos matemáticos que Narváez había conseguido por su cuenta, siendo un especialista en materias complejas como álgebra, aritmética, trigonometría o geometría. A estas ciencias sumó durante su estancia en Bocachica el aprendizaje de las de arquitectura civil y militar, cortes de cantería, hidrostática y técnicas de fábrica. Por otra parte, Narváez conocía también los principios elementales del diseño y formación de planos al haber ayudado en el levantamiento de los mismos. El informe escrito por Antonio de Arévalo finaliza exponiendo el principal motivo por el cual abogaba por el ascenso de Narváez como ingeniero extraordinario. Según cuenta, el ingeniero director don Lorenzo de Solís había sido destinado a las obras del fuerte de San Juan de Ulúa en Veracruz dejando su puesto vacante, por lo que era necesario apoyar a Narváez en el acceso al Cuerpo para así poder sustituirlo como ingeniero de pleno derecho en las obras de Cartagena¹⁸. El segundo de los testimonios que apoyaba la causa de Narváez fue escrito por Lorenzo de Solís y está fechado el 28 de septiembre de 1757. En él ratificaba lo detallado por Arévalo en su carta, certificando como ingeniero director y brigadier de los reales ejércitos el acceso al Cuerpo de ingenieros de España por los méritos, aptitudes y trabajos demostrados por Narváez. Asimismo, le consideraba acreedor del cargo de ingeniero extraordinario, ya que sería de gran utilidad para el servicio de las obras de fortificación cartageneras¹⁹.

Ambos documentos, junto al memorial del propio Narváez, fueron remitidos al gobernador de Cartagena de Indias don Diego de Tabares, quien los envió a la corte el 15 de octubre de 1757, siendo Ingeniero General del Cuerpo el Conde de Aranda, don Pedro Pablo Abarca de Bolea. Junto a las dos cartas escritas por los ingenieros, Tabares adjuntó

17 Juan Manuel ZAPATERO, *El ingeniero de Cartagena de Indias don Antonio de Arévalo (1742-1800)*, Sevilla: CSIC, 1981, págs. 10-15.

18 AGI. Santa Fe, 941. Fortificaciones, pertrechos de guerra y situados de tropa. «Carta de don Antonio de Arévalo. Cartagena de Indias, 26 de septiembre de 1757».

19 AGI. Santa Fe, 941. Fortificaciones, pertrechos de guerra y situados de tropa. «Carta de don Lorenzo de Solís. Cartagena de Indias, 28 de septiembre de 1757».

una tercera autógrafa en la que ratificaba los testimonios anteriormente recogidos²⁰. El gobernador insistió en la marcha de Lorenzo de Solís a Veracruz y en el regreso a España del teniente coronel don José Manuel de Vallejo, ingeniero en segundo de los reales ejércitos, quedando solo el mencionado Arévalo para la dirección y cuidado de las obras. Por tanto, Tabares consideraba muy útil al servicio del rey el ascenso a ingeniero extraordinario de Narváez, incorporándolo al Cuerpo de dicha profesión pero siempre en las obras de Cartagena de Indias, cubriendo de este modo la necesidad de personal. Con ello, se conseguía un posible sustituto en caso de que Antonio de Arévalo sufriese una enfermedad o tuviese que partir hacia las diferentes expediciones de pacificación de las poblaciones indígenas, que mediante sus dotes diplomáticas se le encomendaron durante su estancia en Cartagena²¹. Por último, el gobernador destacó tanto la ventaja que suponía para Narváez el haber nacido en dicha ciudad y estar habituado a las condiciones climáticas de Bocachica, como su perseverancia y tenacidad en el trabajo, siendo un ejemplo para los que aspirasen a acceder al Cuerpo de ingenieros españoles.

Los testimonios que describían la valía de Antonio de Narváez en las obras de Bocachica fueron enviados a la corte, donde se debía aprobar su admisión al Cuerpo de ingenieros. La petición llegaba en unos años convulsos para la institución, producidos tras la dimisión del Conde de Aranda y el gobierno interino de Maximiliano de la Croix. A pesar de estas circunstancias, la resolución se produjo el 21 de abril de 1758, mediante un Real Decreto firmado por el rey Fernando VI aprobando el acceso de Narváez a dicha institución. A través de este dictamen se le nombró ingeniero extraordinario y teniente de infantería con destino a las fortificaciones de Cartagena de Indias, y además se le fijó un salario anual de 800 pesos²². Los informes de Antonio de Arévalo y Lorenzo de Solís habían causado el efecto deseado, siendo éste un caso excepcional tanto en el modo de acceso al Cuerpo, como en la colaboración mostrada por dos ingenieros consagrados ante la petición de un tercero voluntario, al que le dedican una llamativa alabanza sobre sus actitudes profesionales. El interés mostrado tanto por los ingenieros superiores como por el gobernador Tabares para que Antonio de Narváez pudiese ejercer como ingeniero de pleno derecho, se entiende en un contexto de numerosos cambios en los modelos de fortificación en Cartagena de Indias, lo que repercutió en interminables obras que requerían de un personal numeroso y cualificado. La demostración por parte de Narváez de esa cualificación teórica le sirvió

20 AGI. Santa Fe, 941. Fortificaciones, pertrechos de guerra y situados de tropa. «El gobernador Tabares remite un memorial de don Antonio Narváez, cadete del batallón de aquella plaza solicitando ingreso al cuerpo de ingenieros en calidad de extraordinario. Cartagena de Indias, 15 de octubre de 1757».

21 Me refiero a las misiones llevadas a cabo por Antonio de Arévalo para la pacificación de los indios del Darién y Rio Hacha. Sobre estos cometidos, véase Juan Manuel ZAPATERO, «Expediciones españolas al Darién. La del ingeniero Antonio de Arévalo en 1761», *Revista Historia Militar*, 19 (1965), págs. 49-81; María Teresa OLIVEROS DE CASTRO, «La Guajira y las ordenaciones de don Antonio de Arévalo», *Revista Historia Militar*, 22 (1967), págs. 79-111; Carl HENRIK, «La descripción de la provincia del Darién en 1763 por Antonio de Arévalo», *Boletín de Arqueología*, IV (1989), págs. 41-50 y Manuel GÁMEZ, «La pacificación de la Guajira por el ingeniero Antonio de Arévalo. Sobre el proyecto de defensa de Sabana del Valle», *Laboratorio de Arte*. (en prensa).

22 Archivo General de Simancas, sign. 2 43-9. Dicho documento fue citado por Juan Manuel ZAPATERO, *Historia de las fortalezas de Santa Marta y estudio asesor para su restauración*, Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1980, pág. 216, n. 209.

no solo para convencer a Arévalo y a Solís, sino para que éstos declarasen a su favor, lo que finalmente le convirtió en ingeniero militar del Cuerpo español. Estos conocimientos habían sido adquiridos sin pasar por las Academias de Barcelona, Orán o Ceuta, ya que para un joven criollo aspirante a ingeniero, las posibilidades de movilidad serían limitadas, por lo que no le fue factible formarse en los centros oficiales. No obstante, esta condición no fue óbice para que destacase por su erudición matemática adquirida de forma autodidacta en América.

De este modo, sin seguir el proceso formativo establecido, pudo acceder al Cuerpo e iniciar una larga trayectoria profesional que además le llevaría a ocupar importantes cargos en la dirección general. Asimismo, participó en 1771 junto a don Antonio de la Torre y Miranda en la expedición al golfo del Darién organizada para luchar contra el contrabando entre los ingleses y las tribus locales. En 1775 se trasladó a la Península Ibérica y al Mediterráneo, participando en la batalla de Argel, aunque al año siguiente volvió al Caribe para ser nombrado gobernador de Santa Marta, cargo que ocuparía hasta 1780 y que le permitiría llevar a cabo una importante producción ingenieril en la ciudad²³. También volvió a Cartagena de Indias para ejercer como gobernador interino hasta 1789, emprendiendo campañas diplomáticas contra los indios guajiros que facilitaban la pacificación de las tribus locales²⁴. El prestigio obtenido con estos cargos le llevó a ser nombrado gobernador de Panamá entre 1793 y 1803, aplicando una interesante política económica que incrementó las rentas de la zona²⁵. A partir de 1806 y una vez nombrado gobernador de Cartagena de Indias, fue testigo del inicio de los procesos de independencia de la ciudad, actuando como intercesor entre la Junta de Guerra y la corona.²⁶

Todos los cargos ocupados por Narváez se producen en paralelo a su ascenso en el Cuerpo de ingeniero. No obstante, su modo de acceso a esta institución fue ilegalizado mediante la ordenanza de 1803, la más extensa de cuantas se habían redactado hasta entonces, promulgada por el Ingeniero General don José Urrutia²⁷. Dentro de las diferentes razones por las que se llevó a cabo tal reforma, destacó la inadecuada organización que el Cuerpo presentaba a finales del siglo XVIII, ya que eran demasiados los profesionales que

23 Antonio de Narváez participó en el proceso de remodelación de las fortificaciones de Santa Marta. Además, junto al también ingeniero Juan Cayetano Chacón, levantó los planos de la nueva Catedral en 1766. *Ibidem*, pág. 240.

24 José María RESTREPO SÁENZ, «Gobernadores de Cartagena en el siglo XVIII», *Boletín de Historia y Antigüedades*, vol. XXXV (1948), págs. 75-76.

25 Para conocer el pensamiento político y económico de Antonio de Narváez, véase «Discurso del mariscal de campo de los reales ejércitos D. Antonio de Narváez y la Torre, sobre la utilidad de permitir el comercio libre de neutrales en este reino; a petición del R. Consulado de esta ciudad por representación que hizo al Excmo. Sr. D. Antonio Amar y Borbón. Cartagena de Indias. Junio 30 de 1805», *Revista de Indias*, n.º 91-92 (1963), págs. 281-319.

26 M. TULLIO. «Don Antonio de Narváez», págs. 558-560. Referencias a la labor de Narváez en el proceso de independencia de Cartagena de Indias hallamos en José María RESTREPO SÁENZ, «Pensamiento político de los hombres de estado neogranadinos en 1810», *Revista de Indias*, n.º 91-92 (1963), págs. 99-111.

27 Sobre la producción del ingeniero José Urrutia, véase AA.VV., *Los ingenieros militares en España. Siglo XVIII. Repertorio biográfico e inventario de su labor científica y espacial*, Barcelona: Universidad de Barcelona, 1983, pág. 468.

no habían adquirido una formación teórica correcta, poniéndose en tela de juicio su efectividad en las operaciones militares correspondientes. Por ello, mediante esta ordenanza se precisó, entre otras medidas, las obligaciones de cada uno de los grados del Cuerpo, así como el acceso a dicha institución. A partir de estas normas, los aspirantes a ingresar como ingeniero extraordinario debían realizar un examen en la recién creada Academia de Alcalá de Henares en dos convocatorias, la primera a principios de mayo y la segunda en noviembre²⁸. Previamente, era obligatorio mantener una entrevista con el Ingeniero General para que éste pudiese conocer las circunstancias del aspirante, descartando a aquellos que no presentasen unas aptitudes convincentes. El resto de candidatos podían presentarse al examen, cuyo contenido correspondía a las materias impartidas en las academias, aunque la mayor parte de las pruebas incumbían al dibujo militar. Por último, solo eran admitidos aquellos que obtuvieran sobresaliente, y en caso de no alcanzar tal calificación, quienes presentasen buena disposición y talento²⁹. Una vez dentro del Cuerpo, los nuevos ingenieros pasaban a la academia de Alcalá de Henares, donde se especializaban durante tres años en los estudios reglados, con el fin de obtener la mejor formación teórica posible. En definitiva, se descartaba otra vía de acceso al Cuerpo que no fuese la establecida a partir de dicha ordenanza, inhabilitando cualquier otra alternativa, caso de la seguida por Antonio de Narváez a mediados del setecientos. En cualquier caso, la opción utilizada permitió a la corona incrementar el número de militares disponibles en un periodo de importantes crisis bélicas, utilizándose como recurso de protección ante la amenazadora presencia enemiga en aguas caribeñas.

28 Sobre la Academia de Alcalá de Henares, véase AA.VV., *La Universidad de Alcalá y la Academia de Ingenieros de Guadalajara. Commemoración del III Centenario de la creación del Cuerpo de Ingenieros Militares (1711-2011)* y *I Centenario del Inicio de la Aviación Militar Española (1911-2011)*, Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, 2011 y Luis Miguel DE DIEGO, «La Academia de Ingenieros de Alcalá de Henares», *Revista española de historia militar*, n.º. 131 (2011), págs. 182-192.

29 AA.VV., *De Palas a Minerva*. págs. 90-94.